

CONCURSO RAZÓN ABIERTA

CATEGORÍA INVESTIGACIÓN

CONVOCATORIA 2025

DOCUMENTO JUSTIFICATIVO

**THOMISTIC PHILOSOPHY IN THE FACE OF EVOLUTIONARY FACT:
METHODOLOGICAL AND CONCEPTUAL INSIGHTS FOR AN INTEGRATION**

JUAN EDUARDO CARREÑO PAVEZ

INTRODUCCIÓN

El presente documento se compone de tres secciones. En la primera presentaré sinópticamente la estructura y los principales contenidos del texto que postulo al concurso. En la segunda sección, subrayaré las que considero son las contribuciones más significativas de mi propuesta. En la tercera, en fin, explicitaré los motivos por los que, en mi opinión, el texto en cuestión implementa un auténtico –aunque en ningún caso definitivo– ejercicio de *razón abierta*.

1. ESTRUCTURA Y CONTENIDOS DE LA OBRA

La monografía se compone de ocho capítulos distribuidos en tres partes. En la primera parte presento el marco teórico e histórico de los términos de la integración, esto es, de la filosofía tomista (aquellos *en lo cual* se integra), y del hecho evolutivo (*lo que* se integra). Así, en el primer capítulo expongo las directrices principales que configuran la propuesta filosófica de Tomás de Aquino en relación con la substancia corpórea, incluyendo las nociones de substancia y accidente, y las de forma substancial y materia prima, tal y como se articulan en la recepción que el Aquinate hace de la teoría hilemórfica aristotélica. Desde esa base, elaboro las diferentes gradaciones de la jerarquía de los vivientes corpóreos, partiendo por las operaciones de cada nivel, para desde ellas remontarme a las facultades y al alma que es raíz última de toda esa actividad. En esta exposición he procurado hacer justicia a la riqueza de una tradición centenaria, en la que las controversias y disputas internas no escasean; por eso, he explicitado los puntos de doctrina que han dado lugar a interpretaciones diversas entre los comentadores, y las opciones que he tomado en mi investigación.

En el segundo capítulo examino la trayectoria que ha seguido la inteligencia humana en su reconocimiento del hecho evolutivo y de las diversas teorizaciones de que él ha sido objeto en el transcurso de los últimos siglos. Entre otras, he incluido en este recuento al modelo lamarckista, darwinista, de las mutaciones, ortogenético, neolamarckista, neodarwinista, de equilibrio puntuado y estructuralista. Si bien el recorrido es algo extenso, pienso que es inexcusable ofrecer una mirada detallada y bien informada de la cuestión, a fin de evitar ciertas simplificaciones históricas y conceptuales lamentablemente muy frecuentes, incluso en la literatura especializada.

La segunda parte de este estudio es ante todo una recapitulación del encuentro de la tradición tomista con las teorías evolutivas. En el capítulo tres resumo las líneas generales de la recepción que le han brindado los autores tomistas a la idea de una evolución biológica y de los motivos que han llevado a algunos de sus exponentes a rechazarla, especialmente a fines del siglo XIX y comienzos del XX. A partir del análisis de estos desencuentros, y de lo discutido en la primera parte, enumero y explico brevemente aquellos puntos en que el hecho de la evolución biológica parece tensionar los contenidos de la doctrina de Tomás de Aquino y de la tradición tomista en general; de ellos, pongo especial atención en la estructura entitativa del viviente, la noción de especie, el estatus del hombre y la finalidad del cosmos y del ser vivo. En el capítulo cuatro presento las propuestas de autores que han detectado estos problemas y han intentado darles una solución integral y consistente. En el listado he considerado a figuras de renombre, como Edith Stein y Jacques Maritain, y a otros autores menos conocidos, pero muy meritorios, como Manuel Cuervo, Juan González Arintero, Lorenzo Vicente Burgoa, Antonio Moreno, Nicanor Austriaco y Mariusz Tabaczek. Hacia el final del capítulo, y a modo de colofón, ofrezco un resumen de las que, a mi juicio, son las fortalezas y debilidades de dichos abordajes.

En la tercera parte y final de este escrito elaboro mi propio ensayo de integración del hecho de la evolución en la filosofía de Tomás de Aquino. Aquí parto desarrollando las condiciones que debe seguir una auténtica integración interdisciplinaria, y más aún, la direccionalidad de la misma. En esa línea, y basándome en los lineamientos aristotélicos y tomistas, sostengo que la multitud de saberes guardan entre sí cierto orden jerárquico, que se sigue de sus respectivos objetos formales. En ese orden, son las disciplinas sapienciales –la filosofía y la teología– las que juegan un papel arquitectural, y las que están en situación, por la universalidad de sus respectivos objetos, y por la certeza de sus juicios, de asimilar e integrar los hechos tributados por los saberes particulares. Para que ello no resulte en una mera trasposición disonante, sin embargo, esos hechos deben ser reformulados a la luz de la *ratio formalis* y del *modus definiendi* de la filosofía o de la teología, y deben ser adecuadamente articulados con sus respectivos contenidos. Siguiendo esta línea, en el quinto capítulo perfilo el estatuto epistemológico de la filosofía y algunas de sus subdisciplinas, y el del tipo de saber que estudia la evolución biológica. Respecto de este último, desarrollo la tesis de que no responde, *stricto sensu*, a la idea clásica de la ciencia, sino más bien a una clase de saber

interpretativo e histórico; con ello no pretendo en ningún caso cuestionar la validez y pertinencia de esta historia de la naturaleza, sino delinear su objeto, estructura y proceder. Proyectando esta idea, en el capítulo seis, trato acerca de la distinción entre el hecho de la evolución, las teorías evolutivas y las ideologías evolucionistas, para clarificar por qué es el hecho evolutivo, y no una teoría en particular, o una ideología evolucionista, lo que quiero integrar en la filosofía de Tomás de Aquino. Termino ese capítulo con una formulación filosófica del hecho de la evolución.

El capítulo siete consiste en una articulación del hecho de la evolución filosóficamente formulado con los contenidos fundamentales de la filosofía de Tomás de Aquino. Al hacerlo, por supuesto, he tenido muy en consideración las dificultades objetivas que implica esta integración y el modo en el que otros autores tomistas han sorteado los escollos. El eje de mi propuesta descansa en la distinción, presente en varios de los autores examinados en el cuarto capítulo, entre dos grandes tipos de evolución, que se suelen denominar como “intraespecífica” y “transespecífica”.

En el capítulo ocho y final empleo las nociones y distinciones perfiladas a lo largo de mi investigación para reconstruir los grandes hitos del periplo evolutivo. Estos se corresponden con los tres grandes niveles de la vida orgánica que identificamos en el capítulo primero, a saber, vegetativo, sensitivo y humano. Además de ilustrar algunas de mis conclusiones, un cuadro de este tipo me da la oportunidad de tocar con algún detalle el origen del hombre, un problema que no se puede obviar en un enfoque tomista de la cuestión. Me he preocupado de recapitular pormenorizadamente los datos más actuales y verosímiles que ofrece la paleoantropología, para desde esa base fáctica, examinar las fortalezas y debilidades de tres hipótesis que se han planteado en la literatura para dar cuenta de la antropogénesis. Si bien mi trabajo no se inscribe formalmente en la teología, sino en la filosofía de inspiración tomista, en la valoración de estas hipótesis no he podido omitir del todo una referencia a la dimensión teológica que entraña el origen del hombre. Con esto no pretendo cerrar el asunto, sino más bien abrir horizontes y, en la medida de lo posible, aportar algunas clarificaciones a mi juicio oportunas.

2. LA CONTRIBUCIÓN DE ESTA MONOGRAFÍA

En el curso de los últimos años se han publicado varios trabajos que buscan abordar la cuestión de la evolución biológica desde una perspectiva filosófica y teológica realista y compatible con la fe cristiana. El tomismo no ha permanecido ajeno a esa tendencia, que de hecho he intentado recoger en mi monografía, como lo señalé en la sección previa. Ahora bien, en esos ejercicios han aflorado algunas confusiones y simplificaciones persistentes, tanto en el plano conceptual como en el metodológico, lo que laстра inevitablemente la fisonomía final de las síntesis así elaboradas. Como lo anuncia su título, en mi propia integración he buscado clarificar y abordar esas cuestiones preliminares en toda su hondura, lo que ha redundado en un texto que, por extensión y nomenclatura, se aleja un tanto de los estándares editoriales hoy en uso pero que, a cambio, ha ganado quizás en precisión y rigurosidad. De los varios aspectos que podría citar para ilustrar esto que juzgo como un aporte de mi investigación, me limito a mencionar tres.

El primero tiene que ver con la polisemia que entraña la palabra “evolución”, una cuestión frecuentemente desatendida en las discusiones que hoy se entablan sobre la materia. Basándome en las observaciones introducidas por algunos insignes biólogos evolutivos¹, en mi investigación he procurado distinguir entre el hecho de la evolución, las teorías evolutivas que se pueden elaborar para explicar ese hecho, y la proyección ya ideológica o filosófica que pueda hacerse de esas teorías a otros ámbitos del saber. Lo que yo he buscado integrar en la filosofía inspirada en el pensamiento de Tomás de Aquino es el hecho evolutivo, y solo eso. Por supuesto, este ejercicio me ha obligado a pronunciarme, en más de una oportunidad, acerca de los contenidos de tal y cual modelo particular, o los alcances teológicos, cosmológicos, antropológicos y éticos de ciertas formas de evolucionismo. Pero todo eso es accesorio, respecto del hecho evolutivo mismo. Puede que Lamarck y Darwin hayan acertado en ciertos aspectos de sus respectivos modelos, y que hayan tenido menos fortuna en otros; es bastante claro que Huxley, Dawkins o Dennett han incurrido en transgresiones epistemológicas en algunas de sus tesis más rabiosamente evolucionistas; pero sea como sea, el hecho sigue en pie: unas formas vivientes derivan de otras, en un proceso histórico que, en lo que a nuestro planeta concierne, suponemos comenzó hace unos 3.800 millones de años. Este

¹ Solo a modo de ejemplo, véase Gould, S. J. (1981). Evolution as fact and theory. *Discover*, 2 (5), pp. 34-37.

conocimiento, que hoy parece evidente, constituye una auténtica conquista que una tradición abierta a toda la riqueza del ser, como lo es la tomista, no puede en mi opinión ignorar.

Un segundo aspecto de mi investigación que creo representa un aporte respecto de otros ejercicios tiene que ver con el modelo causal propuesto. Creo que una breve mención de las circunstancias que me llevaron a escribir este libro puede darme la oportunidad de desarrollar este punto sin incurrir en petulancias antipáticas. Inicié mi carrera académica en el ámbito de las ciencias biomédicas, en las que la teoría neodarwinista provee un marco teórico común y casi hegemónico. Por eso, cuando ingresé a un programa de Doctorado en Filosofía, la elección de mi tema de investigación resultó casi natural: quería saber, en efecto, si había un lugar para el hecho evolutivo mismo (en el sentido explicitado en el párrafo previo) en la filosofía de Tomás de Aquino. La buena evaluación de mi trabajo doctoral y el ánimo brindado por el tribunal respectivo, me llevaron a participar en el concurso *Doctor Humanitatis*, patrocinado por la editorial RIL y el Centro de Estudios Tomistas de la Universidad Santo Tomás, de Chile. Gané el certamen cuyo premio consistió en la publicación de esta tesis como un libro, con el mencionado sello editorial, el año 2017. El texto fue bien recibido y de hecho fue finalista en la convocatoria 2021 de *Razón Abierta*.

Desde entonces he incursionado en otros tópicos filosóficos y teológicos de mi interés, pero no he perdido de vista la cuestión de la evolución biológica, que ha seguido presente tanto en mi actividad docente como en mi investigación. Si bien sigo manteniendo muchos de los puntos de vista que había defendido en aquella primera versión de mi trabajo, la lectura de nuevas fuentes bibliográficas, la meditación más calma de ciertos problemas y, por supuesto, la perspectiva que solo sabe ofrecer el paso de los años, me hicieron cambiar de opinión en puntos relevantes de mi integración. Esto valía, muy especialmente, para el modelo causal que había sostenido en ese primer ejercicio. Por cierto, la invocación de causas segundas actuando coordinadamente y bajo la moción de una causa primera no lograba ocultar lo que ahora calificaría como un esquema algo desarticulado y, en la misma medida, inverosímil. Aunque todavía no tenía una nueva propuesta teórica, todo me sugería que probablemente mi hipótesis requería una revisión profunda.

El año 2023 un colega de EE. UU. me escribió para preguntarme si acaso había considerado la posibilidad de publicar algo en inglés sobre esta materia. Antes de emprender el desafío, consulté con otros académicos extranjeros acerca de la pertinencia de publicar un trabajo que, bien sabía, no iba a ser ni breve ni sencillo. Las respuestas favorables que obtuve, y el entusiasmo de la editorial *Editiones Scholasticae*, me dieron el impulso que necesitaba para darme a la tarea de escribir un texto que el mismo editor ha juzgado como una nueva monografía, debido a sus diversos y hondos cambios. De ellos, el más significativo es, sin duda, el que tiene que ver con el modelo causal al que antes hice mención. Como lo señalé, he recogido la distinción, muy presente en la bibliografía especializada, entre el evento evolutivo que conduce a la generación de nuevas variedades y razas de seres vivos que pertenecen a una y la misma especie en su sentido ontológico, y aquel otro tipo de acontecimientos por los cuales se generan seres vivos de una especie diferente a la de su progenitor. A la primera la he denominado evolución intraespecífica, y a la segunda, como transespecífica. Pues bien, en el capítulo séptimo de mi monografía examino separadamente el sujeto propio, el tipo de cambio y la causalidad material, formal, eficiente y final involucradas en estas dos dimensiones de la gesta evolutiva. El resultado de ese ejercicio puede verse en la **tabla 1** que traduzco y reproduzco a continuación².

² Carreño, J. E. (2024). *Thomistic Philosophy in the Face of Evolutionary Fact. Methodological And Conceptual Insights for An Integration*. Neunkirchen-Seelscheid, Alemania: Editiones Scholasticae, p. 558.

Evolución	Intraespecífica	Transespecífica
Ser vivo que experimenta el cambio	Seres vivos corporales relacionados genealógicamente con otros individuos de la misma especie	<i>Terminus a quo</i> : El viviente corpóreo de una especie que actúa como progenitor <i>Terminus ad quem</i> : El viviente corpóreo descendiente de una nueva especie
Tipo de cambio	Diversificación accidental	Transformación sustancial transgeneracional
Sujeto (causa material)	Materia segunda	Materia prima
Causa formal extrínseca (causa ejemplar)	Ideas divinas	Ideas divinas
Causa eficiente	1. Dios como primera causa 2. Causas segundas: 2.1. Intrínsecas: cambios en el material genético, modificaciones epigenéticas, etc. 2.2. Extrínsecas: distribución geográfica, influencia del entorno en la eficiencia reproductiva, selección artificial, etc.	1. Dios como causa primera y movimiento divino superelevador 2. Causa instrumental: actividad generativa del ser vivo 3. Causas segundas: 3.1. Intrínsecas: incluyendo factores intrínsecos involucrados en la evolución intraespecífica y quizás otros adicionales 3.2. Extrínsecas: incluyendo factores extrínsecos involucrados en la evolución transespecífica y quizás otros adicionales
Causa final	Semejanza divina, encarnada en un apetito de la segunda materia por formas accidentales	Semejanza divina, encarnada en un apetito de la materia prima por formas sustanciales
Efecto	Generación de nuevas variedades de organismos que comparten la misma esencia específica	Generación de nuevas especies de organismos

TABLA 1: los principales elementos que distinguen los dos tipos de evolución identificados.

La estructura general del cuadro resultante posee, a mi modo de ver, una solidez que contrasta con algunos de sus detalles más tentativos y conjeturales. Esto atañe especialmente a la cuestión de las causas eficientes involucradas en la evolución, un punto que ha suscitado largos debates entre los autores tomistas y cristianos en general. Aunque como ya lo señalé, el objetivo de mi trabajo es integrar el hecho evolutivo en la filosofía del viviente de inspiración tomista, llegado este punto hago un esfuerzo por rescatar algunas de las causalidades planteadas por las principales teorías evolutivas. Así, para la evolución intraespecífica postulo varias de las causas segundas intrínsecas y extrínsecas al viviente que, bajo la moción de la Causa Primera, podrían generar en conjunto nuevas variedades y razas de seres vivos en el marco de una y la misma

especie. El verdadero desafío, no obstante, es lo que se conoce en la literatura como especiación, es decir, el evento que lleva a una evolución transespecífica.

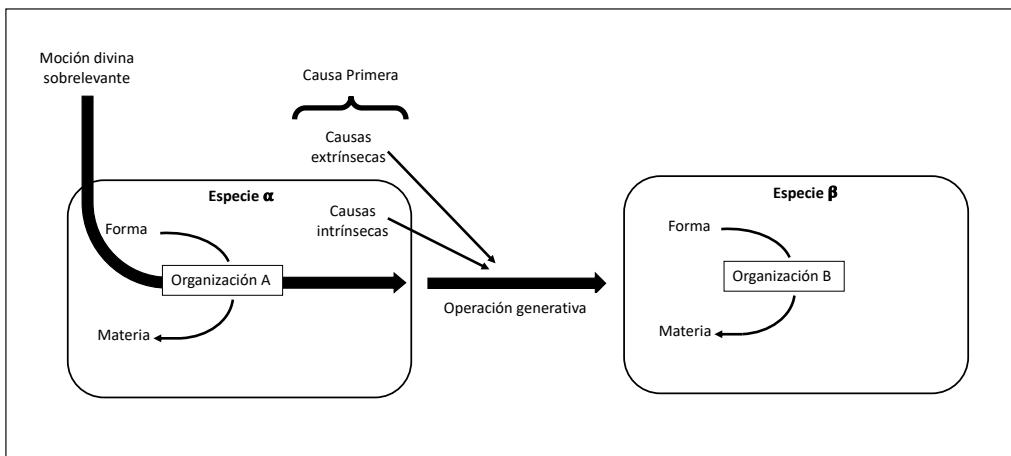


FIGURA 1: esquema causal eficiente para la evolución transespecífica. Para efectos esquemáticos, aquí el ser vivo progenitor de una especie y su descendiente de otra especie se muestran como figuras cuadrangulares. Nótese que el movimiento sobre-elevante divino actúa no como una causa puramente extrínseca sino en y desde la esencia misma del ser vivo, proyectando y elevando su actividad generativa.

En el modelo que propongo en la **figura 1³**, existiría una continuidad relativa entre este tipo de evolución y la intraespecífica, de tal modo que muchas de las causas segundas que actúan en esta también tendrían un rol en aquella, y evidentemente, lo mismo vale para Dios como Causa Primera. Pero a diferencia de lo que sostienen hoy muchos modelos de corte gradualista, aquí sostengo que esa continuidad no puede ser absoluta. Retomando y proyectando las sugerencias de Maritain y Tabaczek, propongo que en la evolución transespecífica opera una moción divina sobre-elevante que perfecciona la actividad generativa del ser vivo, para que esta produzca a modo instrumental un efecto superior a su naturaleza o virtud, esto es, un ser vivo animado por una forma substancial específicamente diferente de la de su progenitor, y con una organización biológica también diversa. Rotulo a este tipo de cambio como una transformación substancial transgeneracional, para enfatizar la importancia que en él tiene la actividad generativa del viviente y para destacar el hecho de que el cambio substancial no ocurre en un ser vivo ya constituido, sino en el instante mismo en que comienza a existir. Si bien me cuido de presentar este esquema como definitivo, debo insistir en que su estructura general es compatible con los principios de la filosofía de

³ Ibid., p. 557.

Tomás de Aquino y con los datos que aportan las disciplinas biológicas, y que al menos en el marco de la tradición tomista, no tengo noticia de otra propuesta con tal nivel de detalle y exhaustividad.

El tercer aspecto de mi investigación que, pienso, constituye una novedad respecto de otros trabajos similares descansa en la distinción que he introducido entre una direccionalidad evolutiva “ascendente”, en términos ontológicos, y otra “no-ascendente”. La primera, tanto en su dimensión intraespecífica como transespecífica, culmina en el hombre, pues la actualización que provee el alma sobrepasa, de hecho, lo que la gesta evolutiva podría por sí misma conseguir. La segunda, por otra parte, apunta a la diversificación formal, tanto substancial como accidental (**figura 2**)⁴. Con esto busco hacer justicia al cuadro complejo que nos muestra la paleontología y la taxonomía, evitando, de paso, algunas simplificaciones que no han sido infrecuentes en las canteras del tomismo. Ciertamente, el hombre es el fin de un estupendo periplo evolutivo cuyos detalles solo conocemos parcialmente; pero no debe perderse de vista que la generación de seres vivos de nuevas variedades y especies es también un bien en sí mismo, pues aporta una perfección al universo, como admite explícitamente el Aquinate. No se trata, empero, de dos evoluciones, sino de dos aspectos de una misma gesta cuya finalidad última es, según decíamos, la semejanza divina.

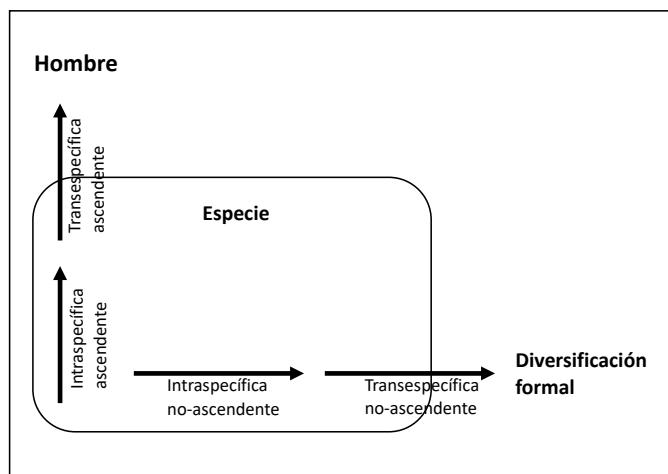


FIGURA 2: cuatro tipos de movimientos evolutivos.

⁴ Ibid., p. 565.

3. UN EJERCICIO DE RAZÓN ABIERTA

Pienso que el trabajo que he emprendido en esta investigación cae dentro de lo que puede entenderse como un planteamiento de razón abierta. Mi enfoque arranca del reconocimiento de la legitimidad y validez de un saber particular –en este caso, lo que denomino como saber histórico-natural–, cuyo itinerario histórico y contenidos fácticos y teóricos he buscado retratar con la mayor fidelidad y escrupulosidad posible. Ahora bien, desde temprano me he percatado que en la biomedicina en general, y en la biología evolutiva en particular, no es difícil dar con discusiones acerca de cuestiones fundamentales que, por su índole, escapan a la metodología empírica o experimental. Si bien son muchos los científicos que guardan silencio frente a tales problemáticas (sea por “pudor epistemológico” o por prejuicios escépticos o científicos), otros, en cambio, no tienen inconvenientes en tratarlas, aunque sin percatarse de que, con ello, están ingresando en un plano del conocimiento diferente de aquel en el que se han formado y ganado un justo prestigio. Mi aproximación es diferente. En la monografía que he trabajado, abordo explícitamente una serie de interrogantes de fondo que suscita la idea de una evolución de los seres vivos orgánicos, pero lo hago desde el reconocimiento que el enfrentamiento último de esas interrogantes debe hacerse mediante una *ratio formalis* diferente, aunque compatible, de aquella que se implementa en las diversas ramas de la biología. Dicho de otro modo, se trata de preguntas que plantea la biología misma, pero cuyo tratamiento cabal excede la racionalidad propia de las disciplinas experimentales. Para encontrar respuestas a tales preguntas, el investigador debe cultivar una apertura a otros modos de aproximación a la realidad, cuya concreción histórica-disciplinaria es lo que conocemos como filosofía y teología.

Se me podría anteponer un reparo. ¿Por qué la filosofía tomista? ¿No es esto acaso demasiado estrecho, de cara a un concurso que apunta a la ampliación de límites? Personalmente, pienso que la apertura racional no solo no se contradice, sino que, por el contrario, exige y supone la adopción de una perspectiva filosófica definida, y por cierto, no de cualquiera. Como lo ha sostenido el papa Benedicto XVI, no es la ciencia la que se opone a la verdad y a la fe, sino más bien una filosofía científica y positivista, cuyos prejuicios son presentados como si se tratase de datos o hechos científicamente avalados⁵. En el polo contrario, una teología fideísta difícilmente se

⁵ Véase “El concepto de razón abierta”, recuperado de <http://premiosrazonabierta.org/el-concepto-de-razon-abierta/>

encontrará en situación de entablar un diálogo fructífero con la filosofía y con las disciplinas particulares. Visto de este modo el asunto, es claro que no todas las tradiciones filosóficas y teológicas puede acometer el desafío de proporcionar un marco propicio para realizar una unidad integradora del saber, en el que la autonomía de cada disciplina sea respetada, pero a la vez articulada y ordenada en una visión más amplia y universal. Con todo, no pretendo aquí sostener que la tradición filosófica y teológica que recibe el nombre de tomismo sea la única apta para acometer esta tarea. Existen, sin duda, otras perspectivas sumamente legítimas, y solo a modo de ejemplo, podría mencionar la agustiniana, la escotista y la fenomenológica. Si yo he optado por la que se inspira en el pensamiento de Tomás de Aquino, es porque veo en ella una especial versatilidad y fecundidad, cualidades ambas derivadas de su apertura irrestricta al ser. Estoy convencido, en particular, de que la metafísica que ha desarrollado el Aquinate puede proveer una “estructura inteligible” lo suficientemente sólida como para soportar esa unidad del saber de la que no pocos desesperan.

Pues bien, en términos esquemáticos, puedo catalogar las cuestiones de significación filosófica que he tratado en mi investigación del siguiente modo:

- **Cosmológicas:** en el ámbito de lo que en la tradición clásica se conoce como filosofía de la naturaleza, mi trabajo aborda la noción y la jerarquía de los seres vivos orgánicos, el concepto y aplicación de especie y de variedad específica, la idea del alma como forma substancial y, por supuesto, el concepto de una evolución biológica.
- **Antropológicas:** tanto en el primero como en el último capítulo de esta monografía he desarrollado explícitamente el problema de la estructura y estatuto ontológico del ser humano, y cuáles pueden entenderse, en términos paleontológicos, como signos inequívocos de racionalidad. Además, he incorporado algunas alusiones a doctrinas teológicas insoslayables desde una perspectiva cristiana y tomista, como lo es la de la Creación del hombre y del pecado original.
- **Metafísicas:** según lo mencioné en la sección previa, mi planteamiento incluye un abordaje de las causalidades que presumiblemente han intervenido en el periplo evolutivo, y muy en especial, de la causa final de la evolución, que en mi lectura no es otra que la *similitudo Dei*. Esto me ha llevado a especular acerca del papel del azar y la contingencia en el devenir histórico del viviente corpóreo, y de la relación

que guardan con el designio de un Creador providente y amoroso. También he debido incursionar en el estatus ontológico de la materia prima y en la noción de un apetito de la materia por las formas, como una clave de comprensión del hecho evolutivo.

- **Epistemológicas:** desde los fundamentos elaborados por una miríada de autores en el marco de la tradición aristotélica y tomista, he intentado perfilar qué es ese saber particular que considera al viviente corpóreo en su devenir histórico, cuál es el método que debe emplear, y cómo se distingue y relaciona con otras disciplinas, incluyendo la filosofía. Añado una reflexión detenida acerca del modo en el que una integración interdisciplinaria debe llevarse a cabo, que podría servir de ilustración para otros estudios que quieran realizar un ejercicio semejante o al menos análogo al que yo he emprendido.

Pero más allá de estas temáticas puntuales –todas de gran espesor, por cierto–, me atrevo a sugerir que el auténtico horizonte en el que se inscribe este proyecto es el de la recuperación de una visión sintética y ordenada de la realidad, capaz de superar la muchas veces denunciada fragmentación del saber que nos aqueja. Y creo que es en esa perspectiva que mi esfuerzo adquiere un valor más hondo. La evolución es solo una de una larga lista de cuestiones relevantes planteadas por las disciplinas particulares, en las que se necesita la palabra orientadora y ordenadora que solo una verdadera sabiduría puede ofrecer. Estoy consciente de que, para no pocos, este afán de unidad sapiencial no pasa de ser una añoranza de épocas pasadas y superadas; personalmente, creo que renunciar a tal propósito no solo desfiguraría irremediablemente la textura misma de la filosofía y de la teología (y de la Universidad como institución, dicho sea de paso), sino que también acabaría por malograr el proyecto moderno de un sistema de ciencias y saberes particulares y autónomos en su propio dominio. Es llamativo, a este respecto, que el mismo Auguste Comte se percató, con agudeza, del peligro que acarrea la hiperespecialización para la propia ciencia⁶.

Lo dicho no es solo un punto retórico, sino una verdad que entraña consecuencias bien concretas y perceptibles también en mi estudio. Si bien la direccionalidad de la integración que he planteado procede desde la biología a la filosofía (pues de la primera rescató el hecho de la evolución, para reformularlo e

⁶ Comte, A. (1942). *Primeros ensayos*. trad. F. Giner, México D.F., México: Fondo de Cultura Económica, pp. 185-201; (2011). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid, España: Alianza Editorial, pp. 17-34.

incorporarlo en una tradición filosófica, como lo es la tomista), pienso que este esfuerzo puede redundar en un enriquecimiento tanto para una como para otra disciplina, y ello no solo por las certidumbres que tributa, sino también por las dudas e ignorancias que explicita. En el caso de la filosofía, el beneficio primero resulta de la adquisición de una verdad relevante e iluminadora respecto del ente corpóreo, y que más allá de algunos ensayos aislados, permanece en buena medida ajena a ella. En esta asimilación, el filósofo se ve obligado a reconsiderar los principios y contenidos de su disciplina, sea para volver a examinarlos bajo una nueva luz o para depurarlos de errores y sesgos, si fuese el caso. En la cuestión específica que he enfrentado, me he visto en la necesidad de considerar con alguna profundidad las nociones de substancia y accidente, la doctrina del hilemorfismo, los grandes niveles de la vida corpórea y las operaciones y potencias propias de cada uno, y la aplicación de las intenciones lógicas del género y la especie al ámbito de la realidad corpórea. Lejos de abandonarlas, he intentado ahondar en cada una de ellas y en el modo en que pueden ser armonizadas con la idea de una realidad de substancias compuestas sometidas a un discurrir temporal e histórico.

Como lo decía, tampoco han faltado en este examen los tópicos más oscuros e inciertos; algunos de ellos se deben a la índole misma del tema abordado, otros a la mera parcialidad de nuestro conocimiento. Un ejemplo particularmente nítido de la primera situación viene dado por la imposibilidad no solo de definir el constitutivo formal de una especie en el ámbito de la vida orgánica, sino por lo problemática e incierta que resulta muchas veces la identificación de lo que son dos especies diferentes de vivientes en términos filosóficos, y las que son solo variaciones accidentales de una y la misma esencia específica. Como ilustración del segundo caso, puede mencionarse el estado actual de nuestro conocimiento acerca de las causas segundas que han intervenido en el origen de la vida y en la evolución del linaje humano, asuntos en los que los progresos son evidentes, pero todavía parciales; en principio, nada impide que nuestra ignorancia pueda verse eventualmente sustituida por una comprensión creciente de estos procesos, pero para que ello ocurra, es preciso que el saber histórico-natural progrese en su propia línea y sea capaz de erigir una narrativa consistente, digna de añadirse al *corpus* de la doctrina tomista.

Más allá de si se adhiere o no a las directrices epistemológicas y metodológicas de esta investigación, se podrá admitir que, al menos en el tema que nos atañe, la filosofía está llamada a ejercer una función de inspiración y aclaración sobre el saber

particular. Es inevitable, me parece, que un examen del hecho de la evolución a la luz de la filosofía conduzca a redimensionar su significación; esto, a su vez, posibilitará una mirada más crítica y realista de la limitación inherente a muchos de los modelos invocados para dar cuenta de esta realidad dinámica que es la vida orgánica. Nunca debe subestimarse el poder persuasivo de la repetición incesante de ciertos relatos, y la aceptación casi unánime de que es objeto el neodarwinismo es un buen recordatorio de ello. Si mediante sus conocidas categorías, esta teoría puede efectivamente tener un papel en la explicación de la evolución intraespecífica y transespecífica, parece osado el referir toda la agencia del proceso a tal esquema explicativo. La sola constatación de esta parcialidad puede ser un estímulo poderoso para el saber histórico-natural y para la búsqueda de nuevos modos de abordar la difícil cuestión de la historia de la vida orgánica.

Otro tanto podría decirse, si no más, del papel orientador que la filosofía está llamada a ejercer sobre la paleontología, la biología evolutiva y la paleoantropología (por mencionar los dominios del saber histórico-natural que más directamente se relacionan con nuestra investigación), cuando se trata de depurarlas de un cúmulo nada menor de prejuicios filosóficos de raigambre diversa. La proliferación de relatos eminentemente reduccionistas, supuestamente basados en datos científicos y demostrados, amenaza con convertirse en un nuevo marco de comprensión, que vendría a sustituir lo que se tiene por prejuicios añejos y caducos. Paradójicamente, no es el lego el que más sufre este influjo, sino el especialista. Por medio de manuales de texto, artículos, cátedras, congresos y simposios, quien se forma en el cultivo de una disciplina histórico-natural comienza desde sus primeros pasos a recibir un caudal de información en el que se entremezclan los auténticos contenidos de su saber con asertos que rebasan con mucho la esfera epistemológica pertinente. Así, insidiosamente, el aprendiz es adoctrinado desde sus primeros pasos en un evolucionismo de corte ideológico que no tiene relación con la esencia de su saber, y que podría ser resueltamente abandonado sin que sus investigaciones pasadas y futuras perdiessen nada de su valía. Pienso que el desembarazarse de ese lastre evolucionista podría ser una buena ocasión para la búsqueda de nuevos y originales aspectos de la evolución a la que se ve sometido el cuerpo vivo. Aunque no abrigo expectativas grandiosas, sí conservo la esperanza de que mi trabajo, sumado al de otros, pueda servir de estímulo en ese sentido.